

Comentario al evangelio del martes, 27 de marzo de 2018

Queridos hermanos:

Hoy es Martes Santo. Un día «santo» porque en él se trasluce el misterio último de la **libertad de Cristo**. No se trata de una libertad cualquiera: es la libertad de un hombre que ha querido llevar a término humanamente el amor que Dios tiene por el hombre.

A lo largo de toda su existencia, Jesús había ido creciendo como lo que Él ya era desde siempre: el Hijo de Dios, el Salvador. La voz de Dios sobre las aguas del Jordán y en medio de la luz del Tabor, habían confirmado, como dice Isaías, que el Señor «defendía la causa» de Jesucristo, que su recompensa «la custodiaba Dios». Pero no bastaba con que Cristo supiera que Él había venido al mundo para traer la salvación divina a los hombres; era necesario que Jesús lo quisiera y lo realizara humanamente. La historia del Hijo encarnado no es la de los héroes griegos, abocados a un destino fatal, sino la de un hombre radicalmente libre, que «aprendió, sufriendo, a obedecer», para conformar su vida con el plan de Dios. De hecho, sin el concurso de su doble voluntad divina y humana, la muerte de Cristo hubiera sido muy otra, pues no habría podido convertirse en fuente de salvación para nosotros.

En este sentido, la escena que el evangelio de Juan pone hoy delante de nuestros ojos puede resultar engañosa porque, en contra de lo que pudiera parecer, el foco no está puesto sobre la vergonzante traición de Judas o la torpe temeridad de Pedro, sino sobre la libertad suprema de Jesús. La clave está en el comienzo del texto, allí donde dice que Jesús «se turbó en su espíritu y dio testimonio». En estas dos mociones de Cristo -una pasiva, interior y poco frecuente en Jesús: la *turbación*; y otra activa, exterior y más común en Él: el *testimonio*-, queda sintetizado cómo el Hijo asumió libre y humanamente el proyecto de Dios. Jesús *se turba*, se inquieta, padece el dolor humano ante lo que se avecina -Él sintió con corazón de hombre-, pero no rechaza las circunstancias adversas, sino que opta por vivirlas hasta el final para *dar testimonio* del rostro amoroso de Dios -Él eligió con corazón de hombre-. El sentir y la libertad de Jesucristo dan la talla de su entrega, que es única e irrepetible. Por eso Pedro no le podía acompañar aún: porque desconocía que la libertad humana debe elegir la cruz para dar cuenta del amor divino.

Dejemos hoy que la libertad de Cristo llegue hasta nosotros en todo su misterio, que Él nos diga a cada uno: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Y al escucharlo, ¿sabremos esperar para escoger con Él la puerta estrecha o saldremos inmediatamente a cerrar un trato con la muerte?

Fraternalmente:

Adrián de Prado Postigo, cmf.

Adrián de Prado Postigo, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org